

Josep Roca

Cartas
desde la
Amazonia

EMAÚS 28

La historia de una explotación

Durante la década de los ochenta, el movimiento de los *seringueiros* saltó a la actualidad informativa, tanto en Brasil como en el extranjero. El motivo era noble. En primer lugar, Amazonia sufría una violenta agresión por parte de “colonizadores” venidos mayoritariamente del Sur del país, que se apropiaban de extensas áreas de selva, cortando y quemando el bosque milenario para crear pastos o simplemente para poder tener una tierra que les sirviera de aval para operaciones financieras.

Los *seringueiros*, habitantes tradicionales, juntamente con los indios, de las tierras amazónicas, se organizaban para resistir ante esta agresión.

Por otro lado, fueron los años de desvinculación de un sistema de dependencia en el que habían vivido desde el siglo pasado cuando el caucho comenzó a tener un alto valor económico. El gobierno del Brasil había otorgado unas, llamémosle, concesiones de explotación del caucho a determinadas personas conocidas como *seringalistas*. Estas personas eran las que contrataban a los *seringueiros* para realizar el trabajo, les indicaban el lugar donde tenían que trabajar y les obligaban a venderles obligatoriamente el caucho y a comprarles todas las provisiones. Periódicamente el *seringalista* o su encargado pasaba por la barraca de cada uno de sus *seringueiros* para llevar a cabo esta operación.

El resultado de este sistema fue la creación de un régimen de

dependencia y semi-esclavitud. Los *seringueiros* normalmente siempre estaban en deuda con su patrón, que vendía a precio muy alto y compraba a precio bajo. Los hijos crecieron analfabetos, e incluso se impedía que cada familia tuviera un pequeño cultivo o que criara animales para uso doméstico, a fin de aumentar la dependencia.

Este viejo sistema reventó con el movimiento de los *seringueiros*, que formaron un Consejo Nacional. Uno de sus dirigentes más conocidos, Chico Mendes, fue asesinado en las vísperas de Navidad de 1988. Pero este hecho sirvió para promover la difusión de su causa.

Organizados en asociaciones en cada municipio donde ahora perdura esta actividad y vinculados todos ellos al Consejo Nacional, los *seringueiros* trabajan ahora totalmente por su cuenta, controlando la producción y la venta. Pero no por eso su vida se ha vuelto más fácil. En el área de nuestra misión he visto aparecer las primeras escuelas para hijos de *seringueiros* desde hace cinco años. Pero pocas llegan a funcionar bien: no hay maestros que quieran ir tan lejos con unos sueldos tan bajos, hay familias que no ven todavía con buenos ojos que sus hijos estudien. Pasar de un sistema de dependencia a un sistema de autogestión no es sencillo, porque a menudo el *seringueiro* no confía en su compañero que asume algún trabajo de dirección, o se hacen montajes organizativos que la pequeña economía de las familias asociadas no puede soportar.

Una familia de *seringueiros*, trabajando bastante, puede llegar a tener unos ingresos equivalentes a unos 1.500 dólares al año. Incluso en Brasil esto es poquísimo. Por eso muchos intentan la vida en la ciudad. Pero no les suele ir mucho mejor. Después de un encuentro con un grupo de *seringueiros* en el río Ouro Preto, ya de bajada, una familia nos hizo una señal para que nos detuviéramos. Fuimos con la canoa hacia la orilla y en seguida reconocí a João Wilson. Le manifesté mi sorpresa por no haberlo encontrado en la reunión y en la celebración religiosa, y me respondió que no tenía canoa. Yo me lo tomé a broma, porque es imposible imaginar un *seringueiro* que vive en la orilla del río sin canoa. Entonces me explicó toda la

historia. El año pasado decidió dejar el trabajo en la selva para irse a la ciudad. Vendió todo lo que tenía: la canoa, el motor y la escopeta. Con el pequeño capital comenzó a vivir de alquiler y a buscar trabajo. Al cabo de ocho meses ni tenía dinero ni un trabajo fijo diario, y su familia pasaba hambre los días que João no encontraba trabajo. La decisión, pues, fue regresar a la selva porque allí, por lo menos, no se pasaba hambre, pero había que comenzar otra vez de cero.

¿Qué futuro puede esperar a los *seringueiros*? La cuestión de fondo es que el caucho natural de la selva ya no es necesario, ha sido sustituido por el sintético o por grandes plantaciones creadas fuera de la región donde crece de forma natural. Hay intentos de ayudar a la subsistencia comercializando otros productos propios de la selva, como plantas medicinales o algunas frutas. Hay entidades internacionales que se interesan y aportan subvenciones. Las diferentes diócesis y los grupos misioneros ayudaron especialmente en los primeros momentos en que los *seringueiros* comenzaban a caminar por su cuenta. Actualmente ellos ya se han ganado su propio protagonismo y nosotros nos podemos mantener más en un segundo plano.

A pesar del éxodo hacia las ciudades, existen todavía muchas personas y familias que se sienten atraídas por una vida a la orilla del río y en el interior de la selva. Mientras estas familias estén allí, nuestra misión será acompañarlas y hacer todo lo que esté en nuestras manos para que tengan unas condiciones de vida lo más dignas posibles.